

que soporta el peso de una gota de rocío?

El espejo de una fuente se ha echado a temblar de conmiseración cuando Marianela se ha mirado en él: «Sobre el fondo verdoso su imagen mezquina, con los ojuelos negros, la tez pecosa, la naricilla picuda aunque no sin gracia; el cabello escaso y la movible fisonomía de pájaro.»

«¡Madre de Dios, qué feísima es!» ella que hacía sentir al ciego a quien sirve de lazarrillo «las hermosuras de la tierra». Ella que le explica como es el sol y como son las estrellas y como son las flores; ella que lo consuela con aquello de que «todo lo tenemos dentro. El sol, las yerbas, la luna y el cielo grande y azul, lleno siempre de estrellas; todo, todo lo tenemos dentro; quiero decir que además de las cosas divinas que hay fuera, nosotros llevamos otras dentro». Que le describe el trozo de mar, que se ve entre los cerros de Ficóbriga, así, ante una pregunta de Pablo que cree que el mar es «grande, grandísimo, tan grande, que se estará mirando todo un día sin acabarlo de ver»:

—«No se ve sino un pedazo como el que coges dentro de la boca cuando le pegas una mordida a un pan».

Llora la Nela al contemplar por partes sus facciones en el resto de un mísero espejo que lleva en la faltriquera, y es entonces, que cae sobre la frente de Pablo que no conoce la luz,—pero dentro de cuyas tinieblas se estremece la intuición de la belleza de la forma como el diamante en el carbón que yace en el seno de la tierra—una gota de llanto de los ojos de esta Ilusión que es Marianela.

### Al pescador

Pescador, pescador,  
que en el mar furibundo  
sabes hallar la flor  
que se pierde en el mundo.

Pescador: que tu asiento  
más grato sea la roca,  
y allí provoque el viento  
tu pretensión más loca.

Que lances el anzuelo  
en las aguas más hondas,  
y atormenten tu celo  
Esfinges y Giocondas.

Mas, entre los oleajes  
no escuches las sonrisas  
de la sirena, ultrajes  
a la ilusión, cenizas.

Pescador, pescador:  
que en el mar furibundo  
sepas hallar la flor  
que se pierde en el mundo.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica.

Y es trágico el contraste que hay entre la silueta infantil casi, de apariencia mezquina, tierna, doliente, desamparada y el fondo duro y fantástico en donde se mueve, el ambiente de las minas de Socartes sembrado de rocas y que hace pensar en la pesadilla de un gigante.

Las piedras desgarran su carne desolada y se marcan con la huella de los piecitos heridos.

Hay alguien que no puede resistir la vista de esas patitas que sangran sin que nadie ponga atención en ello. (¡Deben haber tenido un gesto tan humilde de agitarse al compás de la marcha los pliegues de la pobre falda!)

Es el doctor Golfín, aquel Teodoro Golfín de cabezota de león y corazón de panal, quien tiene piedad y se la

echa al hombro. Son los suyos los únicos ojos, que se detienen con inteligente y cariñoso interés ante la pequeña interrogación de carne sensible y abandonada, escrita sobre el paisaje rocalloso por la mano del Destino y que nadie fuera de él ha parecido ver.

La hija de la Canela se aleja con la tristeza de una copla entonada por una voz que en vez de sollozar su pena, la canta.

La Realidad la acecha, impasible y fatal.

La mirada de unos ojos que se abren a la luz, la deja muerta. Es la flecha que atraviesa a la golondrina aterida, sin fuerzas ya para soñar con la primavera.

CARMEN LIRA

Costa Rica.

## La moral de Guido da Verona

FOGAZZARO y Edmundo de Amicis habían cerrado en Italia el ciclo romántico que iniciara Alejandro Manzoni. Giovanni Verga, escéptico ante la incompreensión ambiente, guardaba un silencio despectivo para su época esperando tiempos más comprensivos para su obra. Rovetta había dado por terminada su labor renovadora. El maestro D'Annunzio, lejos de su tierra, veía brillar en torno de su obra maravillosa la luz crepuscular que precede a las sombras del olvido. Marinetti trataba inútilmente de hacer triunfar el «futurismo» y de convertirse en ídolo. En la generación que se había iniciado en los primeros lustros de este siglo, Pirandello, Zuccoli, Albertazzi y Panzini obtenían sólo un triunfo relativo. Alfredo Vanni, que tuvo un momento de popularidad, pasó pronto con la oculta burguesía de sus novelas. Todo parecía indicar que en esa generación no habría un escritor capaz de heredar la popularidad que los años iban quitando a D'Annunzio.

Surgió entonces Guido da Verona. Audaz como un vigoroso «condotieri», revolucionario como un artista del Renacimiento, pagano como un hijo de la vieja Grecia, húmedos los labios por el ático licor optimista que escanció D'Annunzio, con un espíritu renovador ante cuyo influjo huían las musas de la decadencia, logró en poco tiempo alcanzar una popularidad que nadie en su tierra había obtenido. Sus ediciones superaron en mucho a las más grandes que en Italia se habían hecho. Su segunda novela, *La que no se debe amar*, alcanzó en poco tiempo una tirada de 180,000 ejemplares. Esa imposición rápida en un medio hecho poco propicio por obra de los que le precedieron, atrajo sobre Guido da

Verona la mirada inquisidora de los críticos no sólo italianos sino extranjeros. Al principio la crítica acogió su obra con aplausos innúmeros. Proclamó en él al heredero directo del arte refinado de Gabriel D'Annunzio. El público, esta vez de acuerdo con los críticos, aplaudió abiertamente. Los futuristas, que en aquella época trataban de imponer su forma, lo calificaron entre los suyos como ya habían hecho con el autor de «El fuego». Había en efecto una visión nueva en las novelas de Verona. Esa canción optimista que suena lenta y acompasada en las páginas amargas de *La vida comienza mañana* recuerdan en la

### Tarde dorada y azul

Tarde dorada y azul,  
campos verdes y leonados  
caminos llenos de luz.

Copa de nieve, invertida  
en el fondo del paisaje  
y dorada por el sol  
como una brasa de plata.

Ellas dicen ir alegres  
con nosotros. Cantamos  
a media voz  
recuerdos de la niñez  
con amargura y placer:  
ellos callando su pena  
nosotros nuestro dolor.

¡Azul, tirano cruel.  
—¡Todo el cielo huele a mies!—  
Azul, lleno del olor  
del campo de mi niñez!

¡Volcanes, todo rubor,  
valle, todo palidez!

EDUARDO VILLASEÑOR  
(Mexicano).